

**DE LA RELACIÓN ARQUEOLOGÍA/ETNOHISTORIA
AL ESTUDIO DE LAS IDENTIDADES ÉTNICAS
EN PERSPECTIVA HISTÓRICA:
DECONSTRUYENDO LO TEHUELCHÉ**

LIDIA R. NACUZZI*

* CONICET / Instituto de Ciencias Antropológicas de la U.B.A.

Resumen

En este trabajo, presento una reflexión sobre mi práctica de la Etnohistoria/Antropología histórica que se ha desarrollado en tres etapas. Durante la primera, aporté un enfoque diacrónico a la visión del poblamiento de diversas áreas de Patagonia, identificando -en base a los contactos interétnicos- diferentes “momentos”. La segunda etapa buscó relacionar la Etnohistoria con la Arqueología, destacando aquellos datos que pudieran aportar mayor congruencia a la interpretación del registro arqueológico. La tercera etapa estuvo guiada por el tema de mi Tesis Doctoral, los tehuelches del norte de la Patagonia, y se organizó siguiendo tres ejes: la identidad étnica, la organización territorial y el cacicazgo.

Abstract

In this paper, I present a reflection of my practice of Ethnohistory/ Historic Anthropology developed in three stages. During the first one, I render a diachronic approach to the vision of the population in certain areas of Patagonia, identifying -based on interethnic contacts- different moments. In the second stage, I look for the relationship between Ethnohistory and Archeology, underlying data that could render more congruence to the archeological register. The third stage was guided by the theme of my Ph.D. thesis, the Tehuelches of north Patagonia and was organized following three axis: ethnic identity, territorial organization, and chiefdomships.

Busco resumir en estas páginas un itinerario por la práctica de la Etnohistoria que ya lleva 25 años. Como lo dice el título, esa práctica comenzó siendo un acercamiento para mejorar las posibilidades de ubicar sitios arqueológicos y afinar la interpretación del registro arqueológico, para ir acercándome a la problemática de las entidades étnicas, sus acomodamientos y reconfiguraciones y llevarme luego a una crítica exhaustiva de la Etnografía clásica de Patagonia y a una propuesta de volver a revisar los viejos rótulos aplicados a los grupos étnicos y su relación con la presencia del blanco y con el papel que cada uno de ellos jugó en la economía colonial (Nacuzzi 1998: 247-250). En el camino mencionado, cambió también la manera de llamar a este tipo de estudios: creo que hacemos Antropología Histórica en la medida en que nos ocupamos (con fuentes históricas, además) del pasado de grupos étnicos que, en muchos casos, ya no existen. Esto nos exime de hablar de la Etnohistoria como disciplina, postura que no comparto. Prefiero verla como una metodología, un enfoque, un abordaje o una *táctica* de investigación, en el sentido de Murra (1975: 305). Hablar de Antropología Histórica nos permite, además, dejar de mencionar -como cada vez que hablamos de Etnohistoria- la *mirada antropológica* que debemos poner sobre los papeles de archivo, como bien plantea Palermo (1988), por ejemplo, o la necesidad de integrar las metodologías de la Historia y la Antropología, como también acertadamente recomienda Trigger (1987), entre otros. Aunque Murra propone que la Etnohistoria no se mantenga dentro de su definición "técnica" y sea una de las vertientes del "esfuerzo coordinado de varias tácticas de investigación", su sintética definición "técnica" siempre me pareció muy explicativa: esa táctica llamada Etnohistoria consiste en "el uso de las fuentes de archivo para el estudio de grupos étnicos no-europeos" (Murra 1975: 304-305).

Es inevitable que en este tipo de trabajo de reflexión sobre la propia práctica de la Antropología Histórica, se filtren referencias biográficas. Es que no siempre la elección de determinada especialización es taxativa o buscada intencionalmente. Si personalidades que han aportado tanto a la Antropología, como Bronislaw Malinowski y John Murra, explicitaron alguna vez cómo dirigieron sus estudios hacia determinados campos porque diversas imposibilidades les impidieron dedicarse a su "verdadero" tema de interés, amén de otra infinidad de casos que no están puestos por escrito, deberíamos dar menos crédito a las "vocaciones" firmemente defendidas y algo más de espacio al papel del azar en el desarrollo de ciertas trayectorias. Murra tuvo, por diez años (1946-1956), dificultades

para obtener su nacionalidad estadounidense y luego su pasaporte para poder viajar a Ecuador y, así, convencido de que la única manera de continuar con sus estudios andinos era hacerlos en biblioteca, “de etnólogo me convertí en etnohistoriador” (Murra 1983: 11-12). La necesidad de evitar ciertas obligaciones de reclutamiento militar como súbdito austriaco y de escapar del tedio de la vida académica decidieron el largo trabajo de campo, primero en Nueva Guinea y luego en las islas Trobriand, de Malinowski (1986: III).

Amparada por estos ejemplos de investigadores de renombre, no me resulta trivial sopesar el papel de la casualidad y las trabas político-académicas que decidieron mi dedicación a la Etnohistoria en 1974. Sobre todo, para desmitificar el papel de los planes académicos y profesionales que cualquier graduado reciente puede tener la fantasía de seguir estrictamente. De ninguna manera previendo que vuelvan a aparecer dificultades políticas y académicas que espero sean malos recuerdos del pasado. Al comienzo casi accidental, se sumó luego un largo período de investigaciones para organismos provinciales, supliendo la imposibilidad de investigar en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires, y mi ingreso a la Carrera del Investigador del CONICET casi doce años después de obtener mi título de grado. Durante ese período, hacer Etnohistoria seguía siendo lo más accesible aunque ya se había transformado, también, en una pasión. Después de cinco años de ejercicio de la docencia y la investigación en el marco de una carrera de Historia en la Universidad del Comahue, en 1990 me incorporé a la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires.

Para el segundo cuatrimestre de 1974 estubo planeado el Cursillo de Especialización en Arqueología que iban a dictar Amalia Sanguinetti de Bórmida y Carlos A. Aschero. Los profesores estaban dedicados, por aquel entonces, a un proyecto de rescate arqueológico en el área de El Chocón (provincias de Neuquén y Río Negro). El planteo fue que algunos de los cursantes leyéramos y ficháramos relatos de viajeros que hubieran estado en el área de la cuenca del río Limay, buscando en ellos datos que sirvieran a la Arqueología, esto era un intento de adentrarnos en la *Etnohistoria*. Eso para acompañar el objetivo más ansiado por todos los cursantes, iniciarnos en la tipología lítica. Pero el cierre de la Universidad de Buenos Aires por el interventor Alberto Ottalagano por casi todo el segundo cuatrimestre de 1974, aventó nuestras expectativas de aprender las minucias del análisis de piezas líticas y, por mi parte, me refugió en la Sala de Reservados de la Biblioteca Nacional (hoy Sala del Tesoro). Era una manera de mantenerse en actividad e intentar descubrir qué era aquello de la Etnohistoria. Compartí largas tardes de lectura con una compañera de estudios: Villarino, Cox, Musters en sus viejas ediciones tamaño oficio, nos fueron brindando las primeras comparaciones susurradas y las primeras sorpresas de nombres semejantes de parajes, personas y grupos, hechos mencionados por unos y otros, citas que los propios autores hacían de alguno de los otros.

Muy pronto fue necesario ordenar el cúmulo de información que iba apareciendo. No nos limitamos únicamente a aquella que podía servir para la interpretación del registro arqueológico. Ante las dificultades de interpretación y las reiteraciones, los itinerarios confusamente descriptos, la aparentemente poco clara ubicación de los grupos y la aparición

de lenguaraces y caciques en diversos ámbitos, comprendimos que había que clasificar y fichar la integridad de los textos. La guía Murdock resultó ineficiente, de la propia lectura fueron surgiendo los ítems a tener en cuenta, por largo tiempo discutidos y re-formulados: 1. Localización [geográfica]; 2. Caracterización étnica; 3. Patrón de asentamiento; 4. Vivienda; 5. Transporte; 6. Economía; 7. Manufacturas; 8. Vestido, 9. Organización social (ver Boschín y Nacuzzi 1979). La economía y, sobre todo, la organización social acumularon cientos de fichas en sus nueve subdivisiones (por ejemplo: 6.1 Caza; 6.8 Circulación de los bienes; 9.1 Ciclo de vida; 9.2 Relaciones familiares e intergrupales; 9.6 Conocimientos y tradición oral, etc.). Aunque el enfoque arqueológico parecía tener mucho peso (ítems 1, 3, 4, 5, 7, 8), no descuidamos otras cuestiones. Por ejemplo, el primero de los ítems de la lista era el "1.0 Nombre con el que la etnia se reconoce" que hoy traduzco como "Autoadscripción étnica", había un "1.2 Etnias vecinas" que hoy me sirve (junto con el mencionado 9.2) para hablar de límites sociales y territoriales en el sentido de Barth (1976).

Junto con la guía de fichado, mi preocupación particular por aquel momento se centraba en volcar a mapas actuales los datos de viejos mapas de viajeros o el relato desnudo de los accidentes y parajes que atravesaban, y poder reconstruir sus recorridos. Me interesé particularmente por la movilidad de los grupos, la delimitación geográfica de sus territorios y el de las etnias vecinas y la confección de mapas en los cuales se podían volcar esos datos. Años después, como veremos, esto tendría su continuidad.

En los trabajos realizados entre 1974 y 1979, en el contexto de una interpretación acerca del poblamiento de Patagonia fuertemente teñida por la postura de Casamiquela (1965, 1969), incorporábamos -sin embargo- algunas líneas de análisis que resultaron novedosas. Entre ellas: la propuesta de diversos "momentos" en el poblamiento de la cuenca del río Limay y en el sector sur de Patagonia que se estructuraban en torno a las relaciones interétnicas tehuelches-araucanos en el primer caso y tehuelches-blancos en el segundo, la consideración de las transformaciones económicas y sociales de los grupos del sur de la Patagonia, la propuesta de un modelo de funcionamiento de la sociedad tehuelche meridional (Boschín y Nacuzzi 1975, 1977 y 1979). Por supuesto, hubo cuadros comparativos, en los cuales volcamos los rasgos culturales de los distintos grupos, buscando las diferencias que fueron muy difíciles de encontrar en el sentido espacial, y mucho más evidentes en el temporal. Surgieron, entonces, esos intentos de periodización que -aunque parezca increíble- eran absolutamente novedosos. Hasta entonces, los "tehuelches" eran descriptos como una entidad inmutable desde su origen probablemente prehispánico hasta su desaparición (por lo menos como comunidad) a principios del siglo XX. Sus rasgos culturales eran listados sin diferenciar espacio o tiempo, con breves referencias a las influencias araucanas o europeas, según el caso. Por ejemplo, Casamiquela (1969) había presentado sólo en mapas las influencias y desplazamientos de distintos grupos étnicos delineando cuatro diferentes etapas en el poblamiento de Patagonia, en base a la ubicación y movimientos de los grupos, pero sin considerar el cambio cultural. Nosotras estábamos proponiendo, en cambio, una contextualización en tiempo y espacio como punto de partida de nuestros análisis.

Después vino una etapa más enfocada hacia la investigación arqueológica en el norte de Patagonia, aunque se mantuvo mi interés por la Etnohistoria sobre todo en aquellos aspectos que podían aportar a la interpretación del registro arqueológico. Fue tratando de conciliar ambas vertientes de datos que publicamos un trabajo confrontando la información etnohistórica sobre el uso de recursos vegetales con datos arqueológicos del Valle de Piedra Parada, Chubut (Nacuzzi y Pérez de Micou 1983-85), discutiendo el prejuicio de una economía exclusivamente cazadora de los grupos que habitaron Patagonia, y destacando la importancia del aprovisionamiento de vegetales en el trazado de los itinerarios indígenas para la obtención de diversos recursos. Descartando que los datos arqueológicos no pueden explicarse exclusivamente a través de la información etnohistórica, aquí se mostraba la posibilidad de poner una mirada diferente sobre algunos indicios del registro arqueológico y, también, de hacer una nueva lectura de los relatos de viajeros y los papeles de archivo que no habían sido evaluados objetivamente. Continué en la perspectiva de comparar datos etnohistóricos y arqueológicos, con un trabajo en el cual conjugaba mi conocimiento sobre los numerosos relatos y papeles históricos con el de los sitios arqueológicos del Valle de Piedra Parada (noroeste de la provincia del Chubut) y el área de Pilcaniyeu (sudoeste de Río Negro), tomando la cuestión del río Chubut como límite entre los dos grupos de tehuelches más reconocidos en la literatura, los septentrionales y los meridionales (Nacuzzi 1987a). Las discrepancias encontradas comenzaron a señalarme la importancia de trabajar la territorialidad de los grupos étnicos y su movilidad desde la Etnohistoria, mientras desde la Arqueología se avanzara en la excavación de una cantidad tal de sitios que permitiera luego una confrontación más pareja.

Por ese entonces, veía que había mucho por hacer desde la Arqueología en el norte de Patagonia, y que el avance no iba a ser rápido ni fácil. Quizá pesaban demasiado en aquel momento, otra vez, las circunstancias personales. Era muy escaso el apoyo que se podía obtener de los organismos provinciales para realizar campañas arqueológicas, aún desde la misma capital de la provincia de Río Negro. Ni con el proyecto de traslado de la Capital Federal a la región (1986) fue posible instalar en la opinión pública, en los ámbitos académicos o en los organismos legislativos, la necesidad de un salvataje arqueológico del área de la antigua laguna del Juncal, muy conocida localmente y en el ámbito profesional por la gran cantidad de inhumaciones que aparecieron allí desde la época de los viajes del perito Moreno. Sin embargo, en el marco de un proyecto de investigación subsidiado por la Universidad del Comahue, intentamos el primer paso: un registro de sitios que deberían ser protegidos. Aún para esas salidas de prospección en un radio de no más de 40 km, la cuestión se complicaba. De aquel intento realizado a pesar de todo, llevamos un panel al IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina de 1988, y quedó un trabajo que es un buen ejemplo de investigación interdisciplinaria, aunque fue realizado sólo por arqueólogos. Éste presentaba una reconstrucción del trazado de la antigua laguna del Juncal, la ubicación por prospecciones de los sitios arqueológicos referidos desde fines del siglo pasado en diversas obras y de otros conocidos por tradición oral por los pobladores y/o técnicos y profesionales que trabajan en la región. También se incluyeron nuevos sitios localizados

por nosotros, y una descripción del paisaje y sus recursos en tres momentos: el actual (desde la década del '70), el anterior al emprendimiento IDEVI (hasta fines de los '60) y el que acompañaba a la histórica laguna del Juncal (hasta 1930), dejando planteada la profunda destrucción del paisaje de la región operada en pocos años (Fisher y Nacuzzi 1992).

Más allá de la fecha de publicación de estos trabajos, éste es aproximadamente el orden en que se fueron gestando. Como cierre de esta etapa, puedo señalar el artículo publicado en *Runa* en 1989-90: en principio fue una contribución al Simposio sobre Estrategias y Metodologías de la investigación realizado en el seno del VIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina (1985), y luego esa ponencia sufrió diversas reescrituras y agregados hasta la versión final (Nacuzzi 1989-90). Allí, mi preocupación era delimitar el aporte que realmente puede esperar la Arqueología desde la Etnohistoria, y presenté las posibilidades y limitaciones que brinda la información histórica y cuáles son los temas y problemas en los cuales se puede esperar una contribución más destacada: ubicaciones geográficas, rutas y circuitos de abastecimiento, características de las viviendas y las manufacturas, datos sobre alimentación y actividades económicas (caza, comercio, intercambio). A esto agregaba una periodización en el conocimiento de Patagonia por los europeos, con sus características más destacables según los momentos, que me pareció importante presentar para facilitar la búsqueda de relatos y papeles a otros colegas. Mostraba cómo el interés diverso por la región patagónica en diferentes etapas, la actuación del blanco y la particularidad de no estar habitada por pueblos sedentarios que impidió la formación de pueblos, encomiendas y/o reducciones, dejaron como resultado un conjunto *sui generis* de papeles que tenía la apariencia de ser muy pobre.

En ese trabajo presenté, además, el punto de vista de algunos autores sobre las relaciones entre Etnohistoria y Arqueología que me preocupaban particularmente. Trigger, por ejemplo, sostiene que los puntos de contacto entre ellas forman parte de una complicada trama de relaciones entre Antropología Social/Cultural, Etnología, Historia Social e Historia Colonial (Trigger 1978). Para Moniot (1978), las relaciones de la Arqueología Prehistórica con la Antropología son estrechas,

sobre todo si recordamos que la Arqueología se dedica mayormente a explicar - a través de vestigios materiales- desarrollos culturales de pueblos cuya forma de vida era diferente de la occidental, pueblos sin escritura (o sea, "sin historia"), pueblos que también integran la categoría de *otros* (Nacuzzi 1989-90: 162).

Ambos autores me proporcionaban un marco para recordar la estrecha relación de la Arqueología con la Historia y las demás ciencias sociales. La tendencia a negar esa relación, "refleja la visión estática que se tiene de las culturas nativas" y las rotula bajo la "condición de 'extrañas', ' primitivas', cercanas a lo natural, ajenas al cambio" (Nacuzzi 1989-90: 162). A esto se agregaban prejuicios muy difundidos como la falta de documentación adecuada, el poco cambio de los grupos indígenas antes del contacto con los europeos, la aparente falta de mérito para un estudio histórico de los procesos de

declinación y asimilación que se produjeron después del contacto (Trigger 1978). Estos grupos, entonces, eran estudiados por la Etnología “como sociedades estáticas propias para pasar al museo de culturas” (Moniot 1978: 118). Ambos autores señalan la importancia de la aculturación que produjo la presencia occidental para la historia de estos pueblos. Para Trigger son los estudios sobre aculturación los que en América del Norte hacen tomar conciencia del cambio en las sociedades indígenas. Coinciden también en el papel de la Arqueología en el estudio de estos pueblos: extiende su historia hacia atrás, demuestra que las culturas no eran estáticas (Trigger 1978), permite inmensa profundidad histórica y es el mejor garante de los progresos de la historia de los “pueblos sin historia” (Moniot 1978).

Antes de referirme a la tercera etapa de mis investigaciones, quisiera traer algunas reflexiones sobre el campo y el método de la Etnohistoria. La Etnohistoria fue en su origen una disciplina basada en la tradición oral, practicada por antropólogos africanistas que se interesaban por los sistemas de autoridad y las genealogías (Lorandi y del Río 1992: 12). Este enfoque “restringido” pronto cayó en desuso: los antropólogos franceses se levantaron enérgicamente contra el uso de esta noción en la que veían reforzarse la vieja distinción etnocéntrica entre pueblos “históricos” y pueblos “pre-históricos” (Necker 1984). Algunos autores, como Nathan Wachtel, adoptaron una definición de etnohistoria que estaba en vigor desde hacía tiempo en los Estados Unidos. Allí, por lo menos desde principios de siglo, el término fue utilizado para designar a los estudios históricos-antropológicos que se referían principalmente a los indios y en los que se asociaban de diversas maneras: la encuesta sobre el terreno, la tradición oral, las investigaciones a partir de documentos escritos y las excavaciones arqueológicas (Necker 1984).

Ciertamente Steward, sin utilizar el término, se había referido a la metodología y a la relación entre Etnografía y Arqueología al postular el “enfoque histórico directo”:

involucra la lógica elemental de trabajar desde lo conocido hacia lo desconocido [...]. De hecho, si uno se hace cargo de la historia cultural como su problema y de los pueblos del período histórico temprano como su punto de partida, las diferencias entre los campos estrictamente arqueológico y estrictamente etnográfico desaparecen. La arqueología complementa el cuadro cultural pintado por los documentos históricos y los testimonios de los informantes. La etnografía explica los materiales arqueológicos en su contexto cultural y donde la arqueología describe cambios hacia atrás en el tiempo, la etnografía puede señalarlos hacia delante (Steward 1942: 341, traducción propia).

Para Cline (1971, citado por Necker 1984), quien introdujo el término en Estados Unidos, este nuevo abordaje estaba presente en una cantidad de estudios que no se sabía cómo clasificar, pero “empleaban habitualmente metodologías y técnicas tomadas a la vez de la historia y de la antropología”. Esta doble vertiente de metodologías y teorías estará presente de allí en más siempre que se hable de Etnohistoria. La menciona Trigger, por ejemplo, al hacer referencia al “arte” de integrar ambas metodologías para hacer

Etnohistoria, a pesar de su postura crítica hacia la falsa dicotomía entre Historia y Antropología -la primera estudiando la historia de los blancos, la segunda la de los indios- (Trigger 1978). Para Lorandi y del Río (1992), la Etnohistoria es una Antropología con la perspectiva de larga duración.

Las cuatro vertientes que menciona Necker: encuestas en el campo, tradición oral, uso de documentos escritos y excavaciones arqueológicas, explican tal vez la presencia de arqueólogos dedicados, en un principio, a este nuevo abordaje. Sobre todo, si sumamos la imposibilidad de realizar encuestas de campo en muchas áreas y también la remota factibilidad de recuperar tradiciones orales. En muchos ámbitos académicos, la Etnohistoria surge fuertemente relacionada con la Arqueología. Fue ciertamente bajo esa influencia que realicé los primeros trabajos del período 1974-79.

Después, en los trabajos que intentaban conciliar los aportes entre Etnohistoria y Arqueología, encontré que me identificaba fuertemente con la postura de Trigger de combatir esa falsa dicotomía entre Antropología e Historia. Sentía que, como Moniot (1978) reclamaba una reflexión antropológica para los problemas históricos, no era vano destacar que el más claro aporte que podía hacer la Etnohistoria a la Arqueología, era impregnarla de una reflexión histórica (Nacuzzi 1989-90), que se haría también extensible a los problemas antropológicos en general. En cuanto al uso de tradiciones orales, sostuve que no era un camino lo suficientemente explotado en nuestro medio, debido al estado actual de descaracterización cultural de los grupos nativos, a la que debíamos sumar la subsistencia de prejuicios racistas en medios de comunicación, *curricula* escolares y opiniones de especialistas de diversos campos de la ciencia. Esto nos ponía muy lejos de intentar estudios lingüísticos, etnográficos o de recopilación de tradiciones orales, pero:

Estudios serios y documentados que produzcan una revalorización objetiva de las etnias nativas, su historia y su conocimiento del ambiente, podrían hacernos esperar que en el futuro sea posible recuperar tradiciones orales, sin que ello traiga aparejada una situación vergonzante de autoadscripción étnica por parte de nuestros eventuales informantes (Nacuzzi 1989-90: 172).

Buscaba así encontrar las vías por las cuales se extenderían los resultados de este tipo de estudios: de los ámbitos académicos y de producción del conocimiento a los grupos y sus descendientes, en primer término, y a la comunidad en general más tarde.

Para la tercera etapa de mis trabajos, agregué a estas preocupaciones la de realizar “un aporte a la historia nativa del norte de la Patagonia”, tal el subtítulo de mi Plan de trabajo para la Tesis Doctoral (1987b). Busqué hacerlo desde el estudio del cambio cultural, un tema clásicamente antropológico pero que tiene, necesariamente, una perspectiva histórica y trata “fenómenos de interacción que resulten del contacto de dos culturas” (Wachtel 1978: 135). Este enfoque histórico, o de comparación de diversas etapas en el devenir de los grupos étnicos, no era desconocido para mí. Desde mis primeros trabajos etnohistóricos había puesto el acento en la cuestión de la definición de diversas influencias

de grupos vecinos y en el señalamiento de distintos “momentos” en la vida de los grupos, como ya dije.

Esta nueva etapa, entonces, estuvo guiada por el proyecto de trabajo para mi Tesis Doctoral. Planteaba allí un enfoque netamente etnohistórico, sin pretensiones de confrontar la información arqueológica. Es que el tema era lo suficientemente complejo como para encararlo, en principio, desde uno solo de sus flancos: los tehuelches del norte de la Patagonia, ¿quiénes fueron?, ¿qué cultura compartían?, ¿qué territorio ocupaban?, ¿cuáles fueron sus relaciones con otros grupos étnicos?, ¿cómo funcionaba su economía? Si lograba obtener algunas repuestas a estos interrogantes desde los papeles de archivo, que ya se mostraban lo suficientemente abundantes, el avance sería sustancial. Así es que no me propuse confrontar los datos históricos con eventuales registros arqueológicos de dudosa ubicación para el momento.

Casi como una introducción al tema o, tal vez, como una transición hacia esos nuevos temas, redacté “La cuestión del nomadismo entre los tehuelches” (Nacuzzi 1991) en el cual discutí los prejuicios acerca de la simplicidad y el barbarismo de las sociedades cazadoras-recolectoras no sedentarias. Analicé allí con mucho detalle, los tipos de movimientos y los tipos de asentamientos utilizados por este grupo en sus desplazamientos habituales, y los motivos de tales movimientos.

Fue así como se fue conformando la *pregunta básica* que me planteé como eje de mi proyecto de doctorado: ¿Quiénes fueron los tehuelches del norte de la Patagonia? Ella y sus preguntas derivadas organizaron el plan de trabajo original y se vieron reformuladas permanentemente a medida que iba avanzando en la investigación y, sobre todo, al encontrar documentos que aportaban nuevos indicios y, por lo tanto, multiplicaban las preguntas iniciales. Los tres grandes temas en los que quedó dividida la pregunta básica y que acomodaron las preguntas derivadas que acabo de exponer, fueron: la identidad étnica, los cacicazgos y la territorialidad. Me proponía, además de estudiar estas cuestiones, ver cómo quedaron transformadas después del “proceso de transfiguración étnica (en el sentido de Ribeiro 1971) al que se vio sometido el grupo en su larga relación con los blancos. Esta última pretensión sólo fue posible con algunos de los subtemas planteados.

Las sugerencias metodológicas de Topolski (1982) me resultaron muy útiles. Hay que considerar que al iniciar mi investigación debí enfrentarme a un panorama ciertamente confuso y dominado por un par de autores en cuanto al poblamiento de la región y la cultura de los grupos que la habitaban. Se hizo necesario recortar determinados temas que aparecían como los más relevantes o como aquellos sobre los que se podía aportar información más novedosa y, por lo tanto, arribar a respuestas más importantes o a nuevas preguntas que ampliaran para el futuro el panorama de la investigación de esta región y sus pueblos que aparecían, a la luz del “conocimiento no basado en fuentes” (Topolski 1982: 313), como tan simples, poco cambiantes, escasos en número, pobres en fuentes para su estudio.

El concepto de “conocimiento no basado en fuentes” incluye las observaciones del mundo que hace un investigador, los resultados de sus propios estudios del pasado, los

resultados de la investigación de otros y los resultados de la investigación en el campo de otras disciplinas, siempre en torno a un tema dado. Por lo tanto, queda englobado bajo ese rótulo todo lo escrito hasta ahora para el tema y el área propuestos, lo leído, lo sabido, lo tradicionalmente aceptado. Es un concepto que resulta muy útil para referirse de una manera concisa a todo lo que no proviene de fuentes de primera mano que -para el caso de los tehuelches- es un caudal considerable de información. Resulta útil también para evaluar, por un lado, la información que proporcionan otros trabajos y, por el otro, la que uno mismo está proporcionando. En este sentido, es muy importante plantearse dos tipos de preguntas: ¿en base a qué tipo de fuentes estoy argumentando sobre algún tema en particular? (calidad, contextualización, objetividad, originalidad); ¿se están filtrando en mi interpretación datos del conocimiento no basado en fuentes? (influencia de posturas de la literatura existente, prejuicios acerca del tema).

Los "tehuelches del norte" ocupaban, según los especialistas (cfr. Casamiquela 1965 y 1969), una extensa región (por lo menos, entre los ríos Colorado y Chubut). Había además grandes contradicciones en su adscripción étnica y sus relaciones con otros grupos de la región, más una visión esencialista en la que se mezclaban las delimitaciones entre "lo tehuelche", "lo pampa", "lo araucano". Por todo esto, resultó eficaz recortar el problema en espacio y tiempo, dando respuestas a algunas de las preguntas que atañen a los tehuelches para un determinado período de su largo contacto con los europeos. Creo haber arribado a conclusiones que, al plantear nuevas preguntas de investigación, deberían hacer cambiar el enfoque de los estudios sobre esos grupos y su región.

A la luz de las fuentes de archivo que conocía hasta ese momento, presenté algunos conceptos instrumentales que me parecieron útiles para contestar las preguntas que me proponía responder. El concepto de etnia como

la concreción de la cultura en el espacio y en el tiempo por medio de su empleo, tradición y transmisión específica por parte de una comunidad humana territorialmente organizada

[los conceptos de] cultura y etnia, se corresponden, pues, con ideas de identidad y de contenidos o comportamientos singulares de dicha identidad cuando se comparan con los que efectúan individuos de otras comunidades, es decir, individuos cultural y lingüísticamente diferentes. Los conceptos de cultura y de etnia son históricamente parte de una conciencia de identidad y de una doble definición: la que resulta del modo como uno define su propio yo cultural ante otros, y la que resulta del modo como éstos le definen a uno (Esteve Fabregat 1984: 5-6).

Estas definiciones coincidían en alguna medida con la postura de Fredrik. Barth: los grupos étnicos organizan interacciones de los individuos, ellos son organizaciones socialmente efectivas, los límites étnicos persisten a pesar del tránsito de personas a través de ellos y

canalizan la vida social y esto ocasiona una organización a menudo muy compleja de relaciones sociales y de conducta. La identificación de otra persona como miembro del mismo grupo étnico entraña una coparticipación de criterios de valoración y de juicio (Barth 1976: 17).

Fueron necesarias también las herramientas que pudieran explicar las vicisitudes del contacto y el cambio cultural. Ribeiro (1971) proporcionó algunos conceptos útiles: la *transfiguración étnica* que es necesario analizar en ese proceso de contacto, las *compulsiones* a las que se ven sometidas las sociedades indígenas, sus *reacciones* (fuga, hostilidad, aceptación de la convivencia). Esto último se combinaba muy bien con la descripción de Barth de las diferentes *estrategias* de las minorías étnicas ante sistemas sociales más amplios: podían tratar de incorporarse al grupo cultural preestablecido, podían aceptar su status de minoría intentando reducir sus desventajas como tal participando en alguno de los sectores menos conflictivos del sistema mayor, o podían acentuar su identidad étnica y utilizarla para desarrollar nuevas posiciones y organizar actividades ausentes en su propia sociedad hasta entonces (Barth 1976: 42).

También contemplé la posibilidad de aplicar las categorías de Ribeiro a las diversas etapas del contacto: grupos *aislados*, en *contacto intermitente*, en *contacto permanente e integrados*. Esto se complementaba con las categorías de *tipo de contacto* que proponía Wachtel (1978: 139-142): uno con control directo sobre los grupos dominados, con ejercicio de la violencia, y otro libre de todo control directo en el cual se adoptan espontáneamente ciertos elementos de la cultura occidental. Este autor proponía para el análisis una combinación de tres tipologías: la de las sociedades en presencia, la de las modalidades del contacto ya mencionadas y la de los resultados producidos; afirmando que los tipos de sociedades indígenas determinan, aunque no intencionalmente, los caracteres y los resultados de la aculturación. Los fenómenos de aculturación se reparten entre dos polos: la integración y la asimilación, y entre ellos se sitúan tipos intermedios: sincretismo, disyunción, dualidad cultural, que pueden, en un mismo grupo, sucederse en el tiempo.

Estos conceptos instrumentales no fueron elegidos al azar. Yo tenía un conocimiento acabado de la bibliografía de la Etnografía clásica sobre el tema que me proponía analizar, sabía que el tema estaba tratado de manera poco clara, con multiplicidad de prejuicios y con absoluto dominio de la escuela histórico-cultural en su enfoque. También conocía, para ese entonces, gran cantidad de papeles de archivo que me iban indicando sobre cuáles temas podría obtener más información y cuáles otros estaban escasamente representados.

La Etnografía de Patagonia comenzó a construirse en las primeras década de este siglo cuando las descripciones etnográficas tomaron entidad propia, separándose de los relatos de viajeros y expedicionarios que incluían otras "rarezas" como la topografía, el clima, la vegetación, las vías de comunicación, los recursos económicos. Aún actualmente no es fácil reconocer el límite sutil entre los últimos "viajeros" y los primeros "etnógrafos", con el agravante de que los últimos no tuvieron una formación profesional específica y se sirvieron de los primeros con exclusividad creciente mientras olvidaban visitar los archivos

y las poblaciones nativas de Patagonia iban desapareciendo. Sobre frágiles bases se construyó, entonces, una clasificación étnica para la región que se transformó en la versión autorizada de la cuestión y todavía perdura. Los estudios clásicos a los que me refiero son los producidos por Milciades Vignati (1936a, 1936b y s/f), Tomás Harrington (1946), Federico Escalada (1949) y Rodolfo Casamiquela (1965, 1969, 1985). De entre decenas de otros estudios disponibles, éstos son los más representativos por la influencia que han tenido, porque intentan un enfoque amplio del poblamiento de Patagonia y porque utilizan fuentes de primera mano, aunque a veces ellas son de calidad despareja. Los tres últimos autores presentan interpretaciones que se basan en trabajos de campo, en general en alguna región no muy extensa en relación con la vastedad del área en cuestión, en donde permanecieron por largos períodos sirviéndose de informantes de ascendencia indígena. Tienen en cuenta también algunos relatos de viajeros, mejor dicho: siempre el mismo conjunto de relatos (Falkner, Musters, Cox y Moreno). Sus discusiones giran infructuosamente en torno a la ubicación geográfica de los grupos y a la lista de rasgos culturales que detentan, según pueden deducirlo de los relatos de estos viajeros. Tales discusiones se ven “enriquecidas” por los trabajos de campo mencionados. Así, mezclan los datos obtenidos durante la primera mitad de este siglo, con los que provienen del conjunto de viajeros citados, o sea: de la segunda mitad del XIX (con la excepción de Falkner). Los etnógrafos a los que estoy haciendo referencia no nos proporcionan ninguna fundamentación teórico-metodológica que justifique por qué su interpretación del poblamiento de la región y de la dinámica cultural de sus pueblos puede estirarse hacia atrás en el tiempo -hasta engancharse con los datos arqueológicos- y hacia adelante por más de setenta años, hasta el momento mismo en que están recogiendo la información en el campo, de una persona que han rotulado previamente en cuanto a su identidad étnica. Esto muestra cómo el presupuesto del presente etnográfico y de la ahistoricidad de estos pueblos jugaron un papel clave en el trabajo de todos ellos.

Esto se reflejó también en el modelo de análisis que me propuse, buscando combatir el fenómeno “bolsa de gatos” (todo lo que era identificado, con mayor o menor certeza, como “tehuelche” o “pampa”, y/o hubiera ocurrido en algún lugar de Patagonia entre los siglos XVI y XIX, era considerado como un aporte al conocimiento del poblamiento de la región, presentado como “lo tehuelche” e ingresado a un corpus de datos indeferenciados espacial y temporalmente que constituían la esencia de tal grupo étnico).

Mi modelo de análisis estuvo basado en tres ejes: a) identidad étnica, que podría analizar en base a la ubicación geográfica, la organización territorial (cacicazgo, movilidad) y las relaciones interétnicas (parentesco, conflictos, comercio, intercambio); b) la economía, a estudiar en base a la explotación de recursos naturales, circuitos de abastecimiento, circulación de los bienes, y otras variables que finalmente no pudieron ser tenidas en cuenta (como la alimentación, la ergología, la división del trabajo); c) los límites étnicos, considerando las relaciones interétnicas (parentesco, conflictos, intercambio, circulación de los bienes), la organización territorial, la demografía y la movilidad de los grupos. Además de las señaladas, algunas otras variables como la demografía, el parentesco, los

conflictos intraétnicos fueron quedando de lado ante la cantidad de información disponible para los otros subtemas que fue mostrando esas líneas de análisis como muy fructíferas y perfilando el peso notable de algunos de ellos como el cacicazgo, la organización territorial y la identidad étnica.

En base a esos tres temas, pude conformar un modelo de dinámica étnica para la región del Fuerte del Carmen de Patagones y sus zonas cercanas (hacia el norte hasta las sierras de la Ventana, hacia el oeste hasta el curso medio de los ríos Colorado y Negro, hacia el sur hasta la desembocadura del río Chubut). Discutí la adscripción étnica que se hacía tradicionalmente de estos grupos y sus vecinos, incluyéndolos en macro-etnias que ocupaban grandes extensiones geográficas (los "tehuelches") y presenté, en cambio, un análisis centrado en grupos pequeños identificados por los nombres de sus caciques y con precisas ubicaciones geográficas. Propuse considerar como "identidades impuestas" a los nombres que pasaron de los papeles de archivo y los relatos de viajes a la Etnografía sin la debida crítica. La Tesis, denominada "Los tehuelches del norte de la Patagonia", tenía poco que ver con los tehuelches y con el norte de la Patagonia como se lo describía habitualmente. Pero deseché la posibilidad de cambiar su título porque el término tehuelche tiene aún mucho reconocimiento entre especialistas y no especialistas. Buscaba, en realidad, que los que estuvieran interesados en ese grupo y esa región se enteraran de que tambaleaban seriamente las viejas interpretaciones sobre el poblamiento de la región. Para la publicación de lo que fue Tesis Doctoral, sí busqué un título que reflejara algo del planteo que me interesaba: *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. El libro es en un 80% legible por no especialistas, pero cuando alguien no estrechamente relacionado con el tema y la región se interesa por él, le recomiendo saltar el capítulo sobre el estado de la cuestión. Hay una buena síntesis de ese capítulo en el siguiente, y no hay por qué hacer que el lector se pierda en los vericuetos de una mala praxis de la Antropología.

Aparte de los conceptos instrumentales planteados en el proyecto inicial, durante el análisis y la crítica de la información histórica fueron incorporándose otros como el de *identidades virtuales* (Cardoso de Oliveira 1971) y el de *múltiples lealtades adscriptivas* (Cohen 1978) que explicaban el uso de identidades diferentes por una misma persona, el de *relaciones equilibradas de simbiosis* (Cohen 1978) que se dan entre grupos que están en contacto directo o muy cercanos geográficamente, complementándose en sus economías, el del papel de los líderes como exponentes de la *voluntad colectiva* (Clastres 1987) y sus cualidades personales (Spencer 1987). Fue necesaria una amplia discusión del concepto de etnia/grupo étnico/tribu (Nacuzzi 1998: 238-243). Destaco la reflexión de Kroeber (1955: 313, citado por Leacock 1983), en el sentido de que el concepto de *tribu* es una creación del hombre blanco para administrar a los grupos indios y negociar con ellos. Esto está muy presente en las conclusiones de mi investigación.

En cuanto a la presencia de los grupos en estudio en los papeles de archivo, ella es contundente. El vacío documental sólo es aparente, y es una sensación que se produce por el *tipo* de papeles disponibles: en su mayoría, cartas y diarios. Por ejemplo, los diarios de

Francisco de Viedma, instalado desde 1779 cerca de la desembocadura del río Negro, son los que abarcan períodos más largos y relatan cuestiones más diversas: estado de la tropa y los pobladores, deserciones y/o toma de prisioneros, transacciones y encuentros con los indios, información sobre reconocimiento de parajes o expediciones diversas, datos que proporcionan ex-cautivos de los indios, pedidos al Virrey, situación patrimonial, avances en la construcción del fuerte y las viviendas. Dejan la sensación de brindar un grado de detalle incomparable de los inconvenientes, avances, logros y pequeños fracasos cotidianos de un emplazamiento que va creciendo desde la nada, o sea que crece a ojos vista (desde los papeles ante nuestra mirada). En cuanto a las cartas escritas cotidianamente por Viedma y sus sucesores a cargo del Fuerte del Carmen, son otros de los papeles que a veces sorprenden con la información que proporcionan. Tienen la ventaja de estar refiriéndose a hechos que han ocurrido muy cercanamente en el tiempo, con lo que podemos confiar bastante en la exactitud de lo que relatan. Muchas veces se reiteran informaciones en cartas sucesivas o se escriben, en un mismo día, diferentes cartas a destinatarios distintos. Con ellas es posible conformar nuestro propio diario de acontecimientos, corroborar hechos que se mencionan al pasar en los diarios o en otras cartas, e ir armando sucesivos rompecabezas o aclarando situaciones que aparecen, en principio, contradictorias. Esto es así porque

tenemos buenas fotografías. Cada carta, cada informe, cada papel es una fotografía de un momento dado. Podrá argumentarse que están amarillentas, fragmentadas, que tienen el encuadre que les quiso dar cada autor, que quizás no incluyen a todos los protagonistas de un episodio dado. Pero esas son cuestiones a resolver con nuestros propios recursos metodológicos y nuestra propia búsqueda de los fragmentos faltantes o de otras tomas del mismo acontecimiento. Los pueblos nativos de Patagonia no se negaron a participar de la historia, antes bien, fueron protagonistas entusiastas y enérgicos (Nacuzzi 1998: 30).

Los pueblos nativos de Patagonia no tuvieron una actitud de fuga ni de reacción hostil ante la instalación española en sus tierras, y esto los transformó en protagonistas. Depende de nosotros explotar esta circunstancia al máximo e ir logrando sucesivas imágenes de un panorama que durante años se empeñaron en presentarnos como un “caleidoscopio”, pero que a la luz de las últimas investigaciones, aparece mejor descrito como “ajustado mecanismo de relojería”**.

** Debo esta observación a un colega que se empeña en mantenerse en el anonimato, pero que (muy conocedor de las obras de la Etnografía clásica) anotó en el margen de una de las últimas páginas de la versión final de mi Tesis Doctoral que le dí a leer: “caleidoscopio = relojería”. También le agradezco las interesantes sugerencias que realizó sobre este manuscrito.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Barth, Fredrik (comp.)

1976. *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. México, FCE.

Boschín, María Teresa y Lidia R. Nacuzzi

1975. Reconstrucción etnohistórica de la cuenca del río Limay, a través de la información proporcionada por cronistas y viajeros. Siglos XVII a XIX. Departamento de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.B.A. Buenos Aires, ms.

1977. Aproximación hacia la reconstrucción etnohistórica de la cuenca del río Limay y zonas adyacentes. Siglos XVII a XIX (Prov. del Neuquén). *Revista del Museo de Historia Natural* IV: 3-13. San Rafael.

1979. Ensayo metodológico para la reconstrucción etnohistórica. Su aplicación a la comprensión del modelo tehuelche meridional. *Serie Monográfica* 4. Buenos Aires, Colegio de Graduados en Antropología.

Cardoso de Oliveira, Roberto

1971. Identidad étnica, identificación y manipulación. *América Indígena* XXXI (4): 923-953. México, Instituto Indigenista Interamericano.

Casamiquela, Rodolfo

1965. Rectificaciones y ratificaciones. Hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente. *Cuadernos del Sur*. Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur.

1969. *Un nuevo panorama etnológico del área pan-pampeana y patagónica adyacente. Pruebas Etnohistóricas de la filiación tehuelche septentrional de los Querandíes*. Santiago de Chile, Museo Nacional de Historia Natural.

1985. *Bosquejo de una etnología de la provincia de Río Negro*. Viedma, Fundación Ameghino.

Clastres, Pierre

1987. *Investigaciones en antropología política*. México, Gedisa.

Cohen, Ronald

1978. Ethnicity: Problem and Focus in Anthropology. *Annual Review of Anthropology* 7: 379-403.

Escalada, Federico.

1949. *El complejo "tehuelche"*. *Estudios de etnografía patagónica*. Buenos Aires, Coni.

Esteva Fabregat, Claudi

1984. *Estado, etnicidad y biculturalismo*. Barcelona, Península.

Fisher, Alfredo y Lidia R. Nacuzzi

1992. La destrucción sistemática del paisaje y de los sitios arqueológicos. El caso del valle de Viedma. *Arqueología 2*: 189-229. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas de la U.B.A.

Harrington, Tomás

1946. Contribución al estudio del indio Gününa Küne. *Revista del Museo de La Plata* (nueva serie) II, *Antropología 14*: 237-275. La Plata, Instituto del Museo.

Leacock, Eleanor

1983. Ethnohistorical Investigation of Egalitarian Politics in Eastern North America. En Tooker, E. (ed.); *The Development of Political Organization in Native North America*. Washington, American Ethnological Society.

Lorandi, Ana María y Mercedes del Río

1992. *La Etnohistoria. Etnogénesis y transformaciones sociales andinas*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Malinowski, Bronislaw

1986. *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona, Planeta-Agostini.

Moniot, Henri

1978. La historia de los pueblos sin historia. En Le Goff, J. y P. Nora (comp.); *Hacer la Historia 1*: 117-134. Barcelona, Laia.

Murra, John V.

1975. las investigaciones en etnohistoria andina y sus posibilidades en el futuro. En Murra, J.; *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*: 275-312. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

1983. *La organización económica del estado Inca*. México, Siglo XXI/Instituto de Estudios Peruanos.

Nacuzzi, Lidia R.

1987a. Una hipótesis etnohistórica aplicada a sitios de Patagonia central y septentrional. *Comunicaciones de las Primeras Jornadas de Arqueología de la Patagonia*: 179-184. Rawson, Dirección Provincial de Cultura.

1987b. Estudio etnohistórico de los tehuelches. Un aporte a la historia nativa del norte de la Patagonia. Plan de Tesis de Doctorado para la Universidad de Buenos Aires. Viedma, ms.

1989-90. El aporte de la etnohistoria al estudio de la arqueología de Patagonia. *Runa XIX*: 161-175. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas/Museo Etnográfico de la UBA.

1991. La cuestión del nomadismo entre los tehuelches. *Memoria Americana* 1: 103-134. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras U.B.A.

1998. *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Nacuzzi, Lidia R. y Cecilia Pérez de Micou

1983-85. Los recursos vegetales de los cazadores de la cuenca del río Chubut. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología X*: 407-423. Buenos Aires.

Necker, Louis

1984. Procédures de recherche en ethnohistoire: L'exemple d'études sur le passé colonial et pré-colonial de l'Amérique du Sud. *Ethnologica Helvetica* 8 (Diachronica): 269-279. Berna, Soc. Suisse d'Ethnologie.

Palermo, Miguel Angel

1988. La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos. Génesis y procesos. *Anuario del IEHS* 3: 43-90. Tandil, UNCPBA.

Ribeiro, Darcy

1971. *Fronteras indígenas de la civilización*. México, Siglo XXI.

Spencer, Charles S.

1987. Rethinking the Chieftdom. En Drennan, R. y C. Uribe (eds.); *Chieftdoms in the Americas*. Boston, University Press of America.

Steward, Julian

1942. The direct historical approach to archaeology. *American Antiquity* VII (4): 337-343.

Topolski, Jerzy

1982. *Metodología de la Historia*. Madrid, Cátedra.

Trigger, Bruce

1978. Ethnohistory and Archaeology. *Ontario Archaeology* 30: 17-24.

1987. Etnohistoria: problemas y perspectivas. *Traducciones y comentarios* 1: 27-55. San Juan, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo.

Vignati, Milcíades A.

1936a. Las culturas indígenas de la Pampa. *Historia de la Nación Argentina* I: 549-590. Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana.

1936b. Las culturas indígenas de Patagonia. *Historia de la Nación Argentina* I: 591-645. Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana.

s/f. Etnografía y Arqueología. Usos, costumbres y cultura de los aborígenes de Buenos Aires, La Pampa y Patagonia: Período Colonial. *Historia Argentina* 5. Buenos Aires, Plaza y Janés S.A.

Wachtel, Nathan

1978. La aculturación. En Le Goff, J. y P. Nora (comp.); *Hacer la Historia* I: 135-156. Barcelona, Laia.